

FILMS de AMOR

ANNY SE DIVIERTE



Num.
286

Cms.
25

Anny Ondra - André Roanne



~~BILLON, Pierre~~
LAMAC, Carl

FILMS DE AMOR

DIRECTOR PROPIETARIO: EDITORIAL
RAMÓN SALA VERDAGUER

REDACCION ADMINISTRACION Y TALLERES:
Valencia, 234-Apartado 707-Barcelona



AGENTE DE VENTAS
Sdad. Gral. Española de Librería - Barbrá, 14 y 16 - Barcelona

AÑO VII

APARECE LOS JUEVES

NÚM. 286

ANNY SE DIVIERTE

(BABY, 1932)
Adaptación novelada de la película del mismo
título, interpretada por la simpática artista

ANNY ONDRA

Narración literaria de ALFREDO DARNELL

E X C L U S I V A S

Importaciones Cinematográficas

Aragón, 252

Barcelona

REPARTO

Baby	ANNY ONDRA
Suzy	Kissa Kouprine
Lord Cecil	Pierre Richard-Willm
Lord Graham	André Roanne

Argumento de dicha película

PRIMERA PARTE

Baby y Suzy eran íntimas amigas, a pesar de que procedían de familias socialmente muy diferentes.

Baby tenía diecisiete años y era vizcondesa de Bretigny. Su madre, la condesa, descendiente de una de las más nobles familias de Francia, en cuestiones de etiqueta era de escrupulosidad intachable. El conde Bretigny era miembro de varios Consejos de Administración, de un carácter abierto y franco, y asiduo concurrente a todos los cabarets de moda.

Los padres de Baby, mejor dicho su madre, tomaba a diario tres o cuatro rabiets por lo despreocupada, lo moderna — según decía ella—que le había salido Baby, quien a decir verdad era un verdadero diablillo.

Suzy, por el contrario, era hija de un modesto comerciante y de una ex-bailarina que no hizo carrera. La ilusión de la señora Bienfait era que su hija fuera también bailarina, pero Suzy se había negado hasta el presente



Baby y Suzy, eran íntimas amigas.

a ello, y seguía un curso de ciencias en la Universidad.

Baby y Suzy se encontraron un día por los pasillos de la Universidad y, aunque de caracteres diferentes, se hicieron íntimas amigas.

Cierto día, hacia las siete de la tarde, Baby se presentó en casa de Suzy, a quien encontró llorando.

¿Qué había sucedido? Ahora lo veremos.

Aquella misma tarde, hacia las seis, la Condesa se encontraba estirada en un sofá, atacada de jaqueca. Su marido, el Conde, estaba con ella.

—¿Otra vez la jaqueca, Leonor?

Habla bajo, Gustavo. Esa hija nuestra me matará a disgustos. Figúrate que le ha dado mi leche a la gata.

—Verdaderamente, eso es muy trágico— contestó el Conde riéndose por dentro—. Pero, querida Leonor, ¿tú te has creído que una vez te hubiste tomado el trabajo de dar a luz a tu hija, ¿no te quedaba nada por hacer? Se la entregaste a una institutriz y se acabó. Casi no ves a tu hija, ¿cómo la vas a educar? Te quejas ahora y ya es demasiado tarde.

En esto entró Baby, cantando en voz alta. Venía de la calle y llevaba el pelo desordenado.

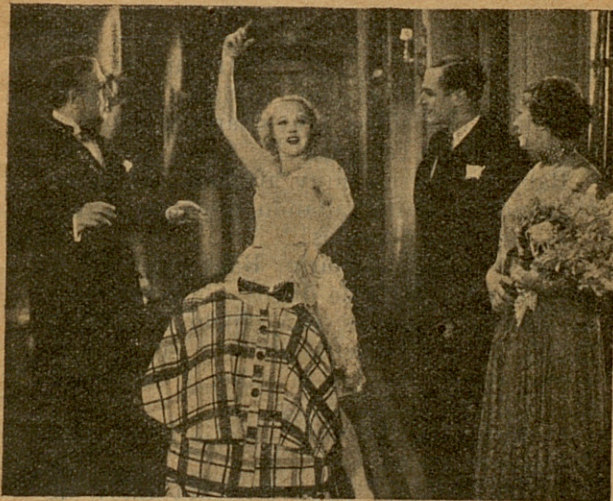
—Baby—dijo la Condesa. ¿Por qué has salido sin mi permiso?

—Supongo, mamá— contestó Baby—que ya no necesito nodriza.

—¡Eres capaz de haber ido al cinematógrafo!

—Sí, he ido al cine, ¿y qué?

—¡Qué palabrota! ¿Cómo se dice?



—Mamá, fui con un chico estupendo.

—Yo digo cine, perdóname, pero lo otro es demasiado largo.

—No me gustan tus maneras vanguardistas. ¡Ir sola al cinematógrafo!

—¡No fui sola!— contestó Baby muy tranquila.

—¿Qué?

—Mamá, fui con un chico estupendo.

—¡Oh! Gustavo, ¿oyes esto?

—Sí— contestó el Conde, a quien diver-

tían muchísimo las salidas de su hija—, pero querida mía, no quiero interrumpiros.

—Bien. Como castigo—dijo la Condesa— te ordeno que subas a tu cuarto a estudiar. Esta noche no cenarás.

Baby no pareció muy afectada por la reprimenda, y salió saltando mientras decía:

—¡Goodby, queridos!

Una vez en su cuarto, Baby puso en el gramófono la serie de discos que componían su lección de inglés, con objeto de que su madre la creyera estudiando, y sin que se diesen cuenta salió a la calle, y se dirigió a casa de su amiga, Suzy.

—Buenas tardes, Suzy — dijo Baby abrazando a su amiga.

—¡Oh! ¡Baby! ¡qué contenta estoy de verte!

—Yo también. Pero qué es eso, ¿has llorado?

—No es nada, no hagas caso.

—Cuéntame Suzy... tu familia...

—No, solamente mi madre. Está empeñada en que tengo que ser bailarina. Ya sabes que ayuda a vestir a Florelle, la cantante, del Folies-Folies, y dice que ella le ha prometido encontrar a alguien que me pague la pensión de las Singing Babies, en Londres.

—¡Pero eso no puede ser, Suzy! ¿Y tus estudios?

—No sé. Estoy desesperada. Mi padre va

a favor mío, pero tú ya sabes que en casa no se hace más que lo que mi madre quiere.

—¡Bah! Todo eso se arreglará. Mira: te he comprado el último libro de Einstein.

—¡Oh! ¡Gracias, Baby! ¡Qué buena eres! Fíjate, yo he coleccionado los retratos de los artistas que a ti te gustan más.

—¡Oh! ¡Qué bien! — dijo gozosa Baby.

—Todos están dedicados no te quejarás.

—Bueno. Escucha, esta noche quiero ir contigo al escenario del Folies-Folies, me lo prometiste.

—Sí — contestó Suzy —, ¿pero cómo te las vas a arreglar para escaparte de casa?

—Ya está arreglado. Mamá se ha enfadado mucho conmigo y me ha encerrado en mi cuarto.

—¿Y por eso estás aquí? — dijo Suzy, riendo ya francamente de las travesuras de su endiablada amiga.

—¡Sí!

—¿Y tu padre?

—¡Oh! Papá tiene una reunión muy importante... seguramente alguna amigueta del Moulin Rouge, ¿sabes?...

SEGUNDA PARTE

El Conde de Bretigny asistía a una reunión importantísima en... el camerino de la cantante Florelle, del Folies-Folies. Suzy, todas las noches hacía compañía a su madre y era la encargada de llevar flores a las artistas y hacer otros mil pequeños recados, que siempre le proporcionaban alguna propina.

Aquella noche, según le había prometido a Baby, la había acompañado al cabaret.

El conde de Bretigny, que se hallaba sentado en un cómodo sillón del camerino, se fijó en Suzy, cuyos dieciséis años eran deliciosos, y al verla con un libro le dijo:

—...pequeña, ¿qué libro es ese? ¿Seguramente una novela de amor?

—Decididamente usted lo adivina todo, Conde... mire, la última novela... de Einstein

—¡Caramba! — exclamó el Conde... sorprendido—. Con esos ojos pierde usted el tiempo en eso...

—Sí, señor, novelerías... — dijo riendo Suzy, mientras salía del camerino.

—Escucha, Gustavo — dijo la vedette—,

tú que tienes tan buen corazón podrías hacer una buena obra.

—Cuidado, Florelle — exclamó el Conde. —Conozco tus caprichos y a fe que me dan miedo. ¿Qué se te ha ocurrido?

—No pongas esa cara, que no te sienta bien. A pesar de tu aire de cínico eres una buena persona... esta vez no quiero nada para mí.

—¿Qué quieres?—dijo el Conde.

—Primero, prométeme que dirás que sí...

—Bien, prometido...

—¿Qué te parece la muchacha que acabas de contemplar?

—No está mal... — dijo el Conde disimulando—. Me parece muy joven...

—Su madre no tiene posibles, y desearía mandar a su hija a Londres para que ingresara en la Academia de las Singing Babies. Yo creo que hará carrera, tiene unas piernas preciosas y una voz más que aceptable.

—¿Y yo qué puedo hacer?—preguntó el Conde.

—De ti depende la felicidad de esa familia; deberías costearle su estancia en Londres...

—Pero...

—No digas que no... a propósito, esta noche, si quieres, te convido a tomar una botella de champagne en casa...

—Gracias, Florelle, esta noche no puedo...

acepto lo de la chica, pero hoy tengo que estar pronto en casa, mi mujer no se encontraba bien...

Florelle comunicó a la señora Bienfait la suerte que había tenido su petición y la buena mujer se volvía loca de alegría.

—Suzy... hija mía... — dijo estrechando a su hija entre sus brazos.

—¿Qué sucede, mamá?

—Nada, hija mía. Mañana te explicaré.

Suzy se quedó muy escamada, pues aquella alegría de su madre le pareció del peor agüero, y se reunió con Baby, que disfrutaba a sus anchas corriendo por los camerinos y subiéndose a las escaleras de los tramoyistas.

Terminaba Florelle su último número cuando el Conde vió entre bastidores, y al otro lado del escenario a una muchacha, en la que reconoció—sus ojos no querían creerlo—a su hija.

Lanzó una exclamación y Baby se dió cuenta que había sido descubierta, y cuando el Conde dando la vuelta al escenario llegó al lugar donde viera a Baby, ésta ya había desaparecido.

Dirigióse el Conde a su casa y contó a su esposa lo sucedido.

—Esto ya es demasiado — exclamó la Condesa fuera de sí—. No podemos guardar por más tiempo a esta criatura entre nosotros.

—¿Y qué hacemos con ella? — preguntó el Conde.

—La mandaremos a Inglaterra a un pensionado. Es la única manera de hacerla entrar en vereda.

—¿No crees, que quizá, a su edad, no sea eso un poco fuerte? — replicó el Conde que adoraba a su hija.

—No hay más remedio, Gustavo. No sé a quién ha salido esa chiquilla: tiene instintos de bohemia.

—De mí no será — comentó el Conde—; yo no he sido nunca saltimbanqui.

—Sí. Toda la vida has sido un santo... —contestó la Condesa, a quien la jaqueca volvía a incomodar.

TERCERA PARTE

Cecil Lavendake y Bentley Graham, hijos ambos de dos lores ingleses, efectuaban la travesía del Canal de la Mancha, con dirección a Londres, a bordo del Príncipe de Gales.

—¿No te parece, Cecil, que podríamos comer algo? — decía a su amigo, Graham.

—No tengo apetito, Bentley.

—¿Y sed tienes?

—Tampoco.

—Es aburridísimo. ¿Tienes acaso ganas de apostar algo?

—Aceptado — contestó Cecil.

—Me apuesto cinco libras a que a nuestra espalda hay una mujer morena.

—Cinco libras que será rubia — dijo Cecil.

Ambos se volvieron y pudieron ver a una muchacha rubia al lado de otra morena.

—Hemos perdido los dos, Bentley.

—Hemos ganado los dos, Cecil.

Las dos muchachas que vieran los dos jóvenes ingleses, eran Baby y Suzy. No estaban alegres, ninguna de las dos, pero mientras Suzy se dejaba llevar por la tristeza de tener que abandonar sus estudios, Baby, más dinámica, más optimista, sabía encontrar en la idea de ingresar en un pensionado, algún motivo de alegría.

—¿Estás muy triste, Suzy?

—Sí, Baby. Adiós Universidad. ¿Por qué mi madre habrá encontrado un señor que me costee la Academia?

—¡Pues fíjate — dijo Baby riendo — la cara que pondría mi madre si se enterara que es mi padre quien te paga la carrera!

De pronto exclamó Baby:

—¡Suzy! ¡Suzy! ¡Estamos salvadas!

—¿Qué se te ocurre?—preguntó Suzy un

poco atemorizada, pues conocía a su amiga.

—Ya está arreglado. No te asustes. Desde este mismo momento tú eres la vizcondesa de Bretigny y yo Suzette Bienfait?

—¿Te has vuelto loca?

—No. Tú ingresarás en la pensión y podrás estudiar lo que te plazca, y yo me pasaré la gran vida en las Singing Babies.

No tuvo tiempo Suzy de contestar, cuando vió a Cecil y Bentley que se habían acercado a ellas.

—La vizcondesa de Bretigny — preguntó Cecil.

—Esta joven — contestó rápidamente Baby, señalando a su amiga.

—Señorita — prosiguió ahora Bentley—, tanto honor. Acaban de entregar este cable para usted. Permítame que nos presentemos. Mi amigo Lord Cecil Lavendake, y yo mismo, Bentley Graham, a su entera disposición.

—Tanto gusto, caballeros — respondió Baby—. Mi amiguita es la vizcondesa de Bretigny y yo Suzy Bienfait, futura estrella de las Singing Babies.

Suzy no tuvo tiempo de darse cuenta de lo que sucedía, estaba tan emocionada que se sentó en un sillón, al lado de Graham, a quien gustaba su belleza morena.

—¿Usted también va a Londres, señorita?

—Sí — respondió Suzy—. Voy a estudiar. Adoro las ciencias.

—¿Conoce usted a Einstein? — preguntó Graham, que era el más estudioso y el más serio de los dos amigos.

—¡Oh! ¡Sí! — respondió Suzy—. Somos un ejemplo viviente de sus demostraciones. Ahora estamos inmóviles en nuestras butacas y, sin embargo, nos movemos.

—Es verdad, señorita, todo es relativo.

Cecil y Baby no se dedicaban, por cierto, a ecublaciones metafísicas.

—¿Me permitirá que sea un adorador de sus ojos, señorita?

—Como usted quiera — respondió Baby. Pero temo...

—¿Qué?

—Que cuando contemple a las Singing Babies, se enamore de mis piernas y no de mis ojos.

—Toda usted es ideal — dijo Cecil francamente entusiasmado.

—Cuidado, amiguito, mi amiga Suzy dice que todo es relativo, su entusiasmo pasará...

—No. Le aseguro que no. ¿Me permitirá que la acompañe en Londres hasta la misma Academia?

—Con mucho gusto.

Baby se acercó a Suzy y le dijo:

—Suzy, ¿vamos a arreglarnos un poco? Llevas los cabellos muy alborotados.

Lajaron las dos amigas hasta su camarote.

—¿Te gusta ese muchacho, Suzy?

—Es muy simpático... quizá habla un poco demasiado de ciencia... y a ti... ¿qué te parece el otro?

—Me voy a enamorar de él... Sí... es muy fresco, muy atrevido y un hombre así siempre tendrá todas mis simpatías.

En el puente, los dos amigos:

—Bentley, me apuesto a que te dan calabazas.

—Apostado.

—No, no me apuesto eso... pero sí que no eres capaz de declararte antes de llegar a Londres.

—No acepto la apuesta... Cecil... y tú, ¿te has declarado?

CUARTA PARTE

—Tampoco... pero no hace falta. Esta muchacha y yo nos compenetramos. Además la amo, la adoro...

—Te ha entrado muy fuerte... Cecil.

—Y a ti... Graham... y a ti...

Una vez en Londres, Baby y Suzy tuvieron

que separarse de sus dos amigos, y se dirigieron, Baby a la Academia y Suzy al pensionado donde hubiera tenido que ingresar Baby.

Baby se hizo presentar en la Academia como la señorita Suzanne Bienfait, y después de hacerla el portero esperar un momento en una antesala, se presentó una señora como de unos cuarenta años, de aspecto más bien serio.

—¿La señorita Suzanne Bienfait?

—Yo misma — contestó Baby alegremente.

—¿Acabas de llegar? — preguntó la señora Fitz.

Baby empezó a mirar hacia todos los lados.

—¿Qué le pasa? ¿A quién está buscando?

—A la persona a quien tutea usted — contestó Baby mirándola.

—No me gustan las bromas, señorita... Exijo en mi Academia una disciplina de hierro.

—Ya está. Me he equivocado — dijo Baby no comprendiendo aquella seriedad de una academia de baile.

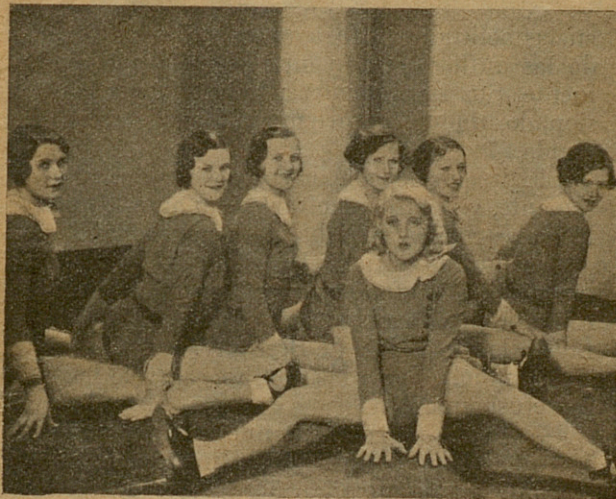
—¿Por qué?

—Yo deseaba ir a las Singing Babies.

—No se ha equivocado usted. Es aquí. Pero no debe olvidar que antes de aprender a cantar y a danzar, es preciso hacerse una voluntad y un carácter.

—Bien, a sus órdenes — dijo Baby, pensando por sus adentros que en bonito sitio se había metido.

—Debo antes hacerle algunas observaciones.



Baby, ensayando con sus condiscípulas.

Recibir visitas del sexo masculino: prohibido.
Recibir correspondencia: prohibido. Sostener conversaciones telefónicas con jóvenes de fuera.

—Prohibido... — dijo sin darse cuenta de lo que hacía Baby.

—Eso mismo. Hay que escoger entre el arte y el flirt.

Mientras Baby era presentada a sus nuevas amiguitas a las que encontró en el gimnasio,

en las actitudes extravagantes, colgadas unas de las anillas, otras contorciéndose extrañamente, Suzette, llamaba a la puerta del pensionado, donde tanto temiera Baby verse reunida.

El Director del colegio cogió a Suzy, cariñosamente, y la hizo penetrar en un aula, donde las otras colegialas se hallaban reunidas.

—Señoritas—dijo la Directora—. En nombre de la élite femenina del mundo entero, reunida en esta noble casa, demos la bienvenida a la vizcondesa de Bretigny.

Las muchachas rodearon a Suzy y le besaron efusivamente.

—¿Qué te parecen tus nuevas amigas?—, le dijo al cabo de un rato la Directora.

—Muy simpáticas, señora—dijo sinceramente Suzy.

—Lo celebro mucho. Ahora vamos a deshacer tus maletas y después tomaremos el té.

Suzy quedó encantada con el recibimiento que se le había dispensado, y se felicitó de la idea que tuviera Baby, pues de esta manera podría estudiar agradablemente.

Mientras esto sucedía a las dos amiguitas ¿qué había sido de Cecil y Bentley?

Los dos muchachos se hallaban en el Hotel. Cecil había intentado ver a Baby haciéndose pasar por su primo pero se había encontrado con un portero refunfuón, que le había dicho que el truco de los primos ya estaba muy

gastado. Cecil, malhumorado, regresó al hotel y allí a Bentley del que quiso vengarse.

—Hola—le dijo Bentley—, ¿has visto a tu sueño?

—Me han dicho que mañana podré verla—contestó mintiendo Cecil.

—¿Cómo te las has arreglado?

—He dicho que era primo suyo. Tú eres un apocado y no lograrás ver a Suzy. Créeme, haz lo que yo, preséntate como pariente suyo y conseguirás verla.

Bentley, al día siguiente se presentó en el colegio de Susy y, contrariamente a lo que había sucedido a Cecil, le hicieron pasar a una salita, y al poco rato se presentó Susy, que estaba monísima con su traje de colegiala.

—Buenos días, Bentley—dijo Susy—. ¿Cómo se las ha arreglado usted para llegar hasta mí?

—Fácilmente—contestó Bentley—. Me he hecho pasar por su primo.

—¿De verdad?

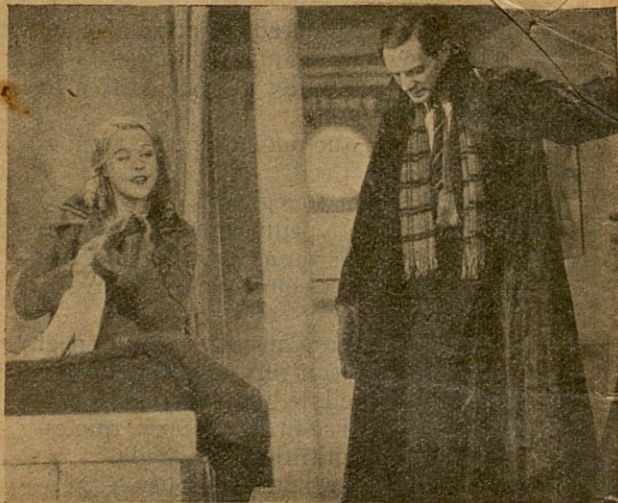
—Sí, señorita.

—Me parece que se está usted volviendo un poco atrevido.

—He dicho también que le traía unos libros.

—¡Oh, qué bien—exclamó Suzy.

—Eso es todo lo que he podido encontrar en materia científica. Le prometo que mañana le traeré más.



—Mire. Sabe usted... pues... que... la gravitación universal.

—Es usted muy amable, yo...

—Además, he reflexionado sobre una cosa...—dijo tímidamente Bentley.

—¿Qué?—preguntó Suzy burlonamente.

Bentley se hizo un lío y no sabía qué contestar...

—Mire. Sabe usted... pues... que... la gravitación universal...

Bentley se despidió de Suzy furioso consi-

go mismo por su timidez. No había conseguido declararse.

Cuando llegó a su casa, encontró a Cecil con cara de pocos amigos.

—¿Qué te pasa, Cecil?

—¡Nada!—respondió el otro.

—A ti te sucede algo. Suzy...

—No es lo que te crees. Aún no he conseguido verla. A ese portero acabaré por aze-sinarlo.

—¡Eres un infeliz!—dijo riendo de buena gana Bentley.

—¿Quién, yo?

—Sí. Te das mucha importancia y al fin y al cabo yo me las compongo mejor que tú.

—¿Te apuesto?...

—Apostado—contestó friamente Bentley.

—¡Aun no sabes el qué, Babieca! Te vas a quedar asombrado. Pasado mañana es el festival del Club. Tú sabes perfectamente que en nuestro Club jamás ha puesto los pies una mujer.

—Sí. ¿Qué quieres decir con eso?

—Escucha: Me apuesto 500 libras a que Suzy estará en la fiesta acompañada por mí.

—No me hagas reír, Cecil. ¡Te has vuelto loco! No quiero aceptarte la apuesta...

—¿Tienes miedo?

—¡Yo miedo!—contestó picado en su amor propio Bentley.

—Sí, tienes miedo. Sabes que soy capaz de

hacer lo que propongo. Vuelvo a repetírtelo. A las doce de la noche del viernes. Suzy, acompañada por mí, estará en el festival del Club, y fíjate en lo que te digo. No sucederá nada. ¡Nada! ¿Oyes?

—¡Bien, van apostadas las 500 libras, Cecil!

El viernes por la mañana, las muchachas de las Singing Babies tuvieron que dedicar unas horas al peluquero que cada semana venía a arreglarlas. Cuál no sería la sorpresa de Baby, cuando mientras el peluquero la arreglaba oyó cómo le decía:

—Señorita, a las once esté usted en la ventana que da al jardín, la más cercana a los árboles. Un joven estará allí y desea hablarle.

Baby, que se aburría extraordinariamente bajo aquella disciplina a la que no estaba acostumbrada, se alegró infinitamente de la noticia, pues ya empezaba a desesperar de no poder ver a Cecil.

A la hora indicada, Baby se halló en la ventana indicada por el peluquero, a quien había sobornado Cecil Lavendake.

—Cecil! Si nos encuentran me he caído.

—¡Suzy! No puedo vivir sin verla. Mire, aquí te traigo las cartas que le he escrito estos días. Dos diarias. Me las han devuelto todas. Debe estar usted guardada por cien fieros dragones.

—¡Pobre muchacho! — dijo Baby—. Me

creía que ya no se acordaba de mí. Escuche. Hay una cosa que deseo sin poder contenerme.

—¿Dígame, cuál?

—Un cigarrillo—dijo Baby.

Cecil le entregó un cigarrillo y Baby lo encendió y dió unas bocanadas aspirando golosamente el humo.

—¡Ay! ¡Gracias, Cecil! Es horroroso estar encerrada.

—Si no era más que eso—dijo Cecil—. Yo hace varias semanas que no deseo otra cosa.

—¿Qué?—dijo Baby. Pero antes de que pudiera darse cuenta, Cecil le había puesto en la boca un beso ardiente.

—Cecil, esto no está bien. Me ha cogido de sorpresa. Usted se lo ha perdido.

—Tutéeme, Suzy. ¿Por qué?

—Porque, señor fresco, yo le hubiese besado de buena gana.

—Oye, Suzy. ¿Quieres venir conmigo al Club esta noche?

—¡Yo? ¿Pero cómo?

—En el Club no pueden entrar mujeres. Traigo aquí un vestido de oficial de marina. Esta noche hacia las once, cuando todos estén durmiendo, te lo pones y vienes a esta ventana. Yo te esperaré aquí. ¿Qué te parece?

—Bien. Es una locura. Pero si no salgo una noche creo que me voy a morir ahogada

por estas paredes. A las once en punto aquí. Ahora me voy, porque podrían sorprendernos.

—Adiós. Un beso, Suzy.

—Toma ...y adiós...

QUINTA PARTE

Bentley se hallaba en el Club con el reloj en la mano. Faltaban cinco minutos para dar las doce y sonreía al ver que Cecil no se presentaba, considerando así ya ganada la apuesta.

A las doce menos un minuto Bentley notó una mano que se posaba en su hombro.

—¡Buenas noches, querido!—dijo Cecil, a quien acompañaba Baby, que parecía un joven oficial de marina imberbe.

—¿Cómo? — exclamó asombrado—. ¡Usted y así!

—¿No me sienta bien el traje?—preguntó Baby burlona.

Bentley no contestó. Estaba indignado y asombrado al mismo tiempo por la frescura de su amigo... y la de ella. Sin embargo, se le ocurrió hacerles una jugarreta.

—Joven, ¿un cigarro?...—dijo Bentley ofreciéndole uno a Baby; que no pudo rechazarlo porque se habían unido a ellos un grupo de miembros del Club.

—Muchas gracias—dijo Baby, aceptándolo. —Me parece que es muy flojo; nosotros, los marinos, acostumbramos a fumarlos más fuertes.

Bentley comprendió que no había sacado nada, pues para colmo, Baby lo había encendido y aspiraba su humo muy satisfecha.

—Voy a contarles un cuento escabroso —dijo Bentley, mientras a su oído Cecil murmuraba:

—¡Canalla! Mañana me las pagarás.

—Es interesante. Verán. Cierta escocés conoció a una muchacha que tenía un lunar en...

—¡Bah!—saltó Baby, riendo—. Ese es muy viejo. Yo ya lo sabía antes de empezar a andar. ¡Qué le va usted a contar a un marino! Si quiere yo le contaré a usted después algunos que le entusiasmarán.

Bentley se acercó al mostrador del bar y volvió con unas copas.

—Caballero—dijo dirigiéndose a Baby—. A usted que es marino le debe gustar el whisky, ¿verdad?

—Sí—contestó Baby, ahora ya un poco preocupada.

—Pues no dirá que éste no sea fuerte. El mejor whisky de Escocia, 70°.

Baby se vió obligada a beber algunos sorbos, y Cecil, buscando una excusa, la acompañó hasta la terraza, para que con el aire fresco se le despejara la cabeza.

Bentley los siguió, y a alguna distancia de Baby, que creyeron no les oía, Cecil dijo:

—Me las pagarás, ¿oyes? Esto no es de amigo.

—¡Ah! ¡Vamos! Y es ¿de amigo ganarme las 500 libras, verdad?

Siguieron la discusión y cuando Cecil fué al encuentro de Baby, ésta había desaparecido, sin que lograran encontrarla en toda la noche.

Baby había oído la conversación, y al darse cuenta de que Cecil la había conducido allí con el solo objeto de ganar una apuesta, venciendo el principio de mareo que le había originado el whisky, salió del Club, y logró llegar hasta la Academia sin que nadie se diera cuenta de su fuga.

Al día siguiente, Baby recibió la visita de Suzy, a quien habían concedido permiso para salir a ver a su amiguita a causa de su buen comportamiento.

—¡Suzy!

—¡Baby! ¿Qué tal lo pasas aquí? Me parece un poco triste.

Baby le contó la vida del internado así como la escapada de la noche anterior.

—Sí, Suzy, te aseguro que no quiero volver a ver a ese hombre.

—No te lo tomes así, Baby—le dijo Suzy.

—¿Te parece poco? Apostar sobre mí como si se tratase de una carrera de caballos o de galgos. ¿Y sabes con quién apostó?

—No—contestó Suzy, extrañada.

—Con Bentley Graham...

—¿Sí?

—Sí. Créeme, todos los hombres son iguales, no se puede una fiar del mejor.

—Tienes razón, Baby; si Bentley ha sido capaz de una acción tan baja, yo haré lo mismo que tú, y no me verá más.

Suzy hubo de despedirse, y Baby fué llamada por la señora Fitz.

—Señorita Bienfait. Voy a comunicarle una buena noticia. Estoy segura que se va a sentir orgullosa.

—¿De qué se trata?—preguntó Baby.

—Las Singing Babies han sido contratadas para el Teatro de la Comedia, en París. Usted debutará con el papel de estrella en el cuadro de los marineros. Dentro de dos meses debemos estar ya en París, es cosa de que usted estudie mucho, y estoy segura que va a conseguir un gran éxito.

Dos meses más tarde, Cecil Lavendake, que no había podido ver más a Baby, pero que se enteró del debut de las Singing Babies en París, así como de la dirección de los padres

de Baby, se presentó en casa de los señores Bienfait, el mismo día del debut.

—¿El señor Bienfait?—preguntó Cecil a la señora que le había abierto la puerta.

—Yo soy su esposa, caballero. Voy a avisar a mi marido.

—Es igual, señora. Soy Cecil Lavendake, y vengo a traerle noticias de su hija.

—¿De nuestra hija?—dijo el señor Bienfait, presentándose.

—Sí, señor. La señorita Suzy debuta esta noche en el Comedia Coliseum...

—¿Qué dice? ¿Oyes, Gerardo?—dijo la señora Bienfait.

—Sí, señora, debuta como estrella en las Singing Babies.

—¡Qué felicidad! ¡Dios mío! ¡Mi hija estrella, tan pronto!—no cesaba de decir la señora Bienfait en el colmo de la alegría.

—Sí, señora... yo soy... su prometido... y he venido a saludarles.

—No es posible—decía el señor Bienfait—; que mi hija tenga disposición para el canto y el baile, cuando ella lo que adoraba eran las matemáticas, la verdad, no lo entiendo.

—Si ustedes quieren, yo les acompañaré al teatro, tengo reservado un palco.

—Yo, la verdad...—dijo el señor Bienfait, —prefiero verla después...

—Como usted guste. Señora, a las ocho vendré por usted. Hasta la vista.

Momentos antes de empezar la representación, en un palco del Coliseum se hallaba Cecil con la señora Bienfait. En un palco cercano los Condes de Bretigny hablaban de la anunciada venida de su hija, anunciada por la Directora del pensionado.

—Te has convencido, Gustavo, de lo necesario que era que nuestra hija se marchara de casa. Los pensionados de Londres son inmejorables para corregir a las muchachas.

—Verdaderamente, tienes razón. No entiendo cómo la Directora puede decir que nuestra hija demuestra una predilección tan grande por las matemáticas. Por mucho que digan no lo entiendo.

—Sé sincero, Gustavo. Te sabe mal confesar tu derrota. Si sigo tus consejos, Dios sabe cómo hubiera acabado nuestra hija. Iba vestida de un modo indecente, enseñándolo todo. Fumaba a escondidas, no me digas que no: fumaba. Leía lo que se le antojaba y salía sola.

La orquesta había empezado a preludiar la obertura. Baby estaba muy emocionada. A su lado, Suzy, que también había llegado a París, y que no se atrevía a presentarse en su casa, alentaba a su amiga.

—No tengas miedo.

—¿Y si en mi casa lo saben? Me gustaría ver la cara de mi padre. Sería para morir de risa.



- Les prometo una cena para esta noche
si tienen éxito.

—Y si en mi casa han visto mi nombre
en los carteles— decía Suzy.

—No pensemos en nada, Suzy. Ya veremos
mañana lo que hacemos.

—Señoritas, señoritas — decía la señora
Fitz, que estaba mucho más nerviosa que sus

discípulas. A ver como se portan. Les pro-
meto una cena para esta noche, si tienen
éxito. ¡Valor!

Alzóse el telón.

La señora Bienfait, que estaba pendiente
de la representación, miró la entrada de Baby,
como es natural, no reconoció en aquella mu-
chacha rubia a su hija.

—¡Oiga, joven! — le dijo a Cecil—. ¿Y
Suzy?

—Mírela, señora. es esa.

—¿Cuál?

—¡Esa que canta! ¿No la reconoce usted?

—¡Dios mío! ¿Qué es esto? Esa no es mi
hija.

En el palco de los Condes, al alzarse el
telón no se fijaron en lo que sucedía en el
escenario, pues seguían discutiendo sobre
Baby.

—Mañana te convencerás, Gustavo.

—Veremos, veremos—dijo el Conde.

De pronto, la Condesa miró hacia el esce-
nario.

—¡Dios mío!

—¿Qué sucede?

—¡Gustavo, Gustavo!... La Condesa se pu-
so en pie, pegó un grito... y se desplomó en
el asiento presa de un ataque de nervios,
mientras, gritaba, dando fuertes chillidos:
¡Baby! ¡Baby!

FIN

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

LA VENUS RUBIA

(la novela de las madres)

Gran creación de la fascinante mujer fatal,

**MARLENE
DIETRICH**

en su mejor película de esta temporada.



Pronto: **RASPUTÍN
ESTUPEFACIENTES
SUEÑO DE AMOR**

Siempre lo mejor en «Ediciones Biblioteca Films»
Calidad y no cantidad
Lema de esta invicta publicación

PEDIDOS A:
Editorial "ALAS"-Apartado 707-Barcelona
Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

SIEMPRE

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

Publica

LAS MAS GRANDES CREACIONES
de

LOS MAS EMINENTES ARTISTAS
presentadas por

LAS MARCAS MAS FAMOSAS

LOS ÉXITOS DE LA TEMPORADA:

UNA CANCION, UN BESO, UNA MUJER, G. Froelich.
UNA HORA CONTIGO (3.^a ed.), Chevalier, Mac Donald.
DOS CORAZONES Y UN LATIDO, L. Haryey, H. Garat.
RONNY, Kate de Nage, W. Fritsch.
ATLANTIDA (2.^a ed.), Brigitte Helm.
EL EXPRESO DE SHANGAI, M. Dietric, C. Brook.
COCKTAIL DE CELOS, C. Bennet, B. Lyon.
UN CHICO ENCANTADOR, M. Lemonnier, H. Garat.
LA REINA DRAGA, Pola Negri.
VICTORIA Y SU HUSAR, I. Petrovich.
EL CONGRESO SE DIVIERTE, L. Harvey, H. Garat.
REMORDIMIENTO (2.^a ed.), Phillips Holmes, N. Carroll.
¿QUE PAGUE EL DIABLO!, R. Colmal, L. Young.
EL IDOLO, John Barrymore, Marian Marsh.
BAJO FALSA BANDERA, Gustav Froelich.
MANCHURIA, Richard Dix.
EL HOMBRE Y EL MONSTRUO, Frédéric March.
DAMAS DE PRESIDIO, Sylvia Sidney.
ESPERAME (2.^a ed.), Carlos Gardel.
AMAME ESTA NOCHE, M. Chevalier, J. Mac Donald.
UN "AS" EN LAS NUBES, Billie Dove.
LA COMEDIA DE LA VIDA, Florelle.
UNA NOCHE CELESTIAL, John Boles.
POR LA LIBERTAD, Luis Trenker.
EL MARIDO DE MI NOVIA, Marie Clory.
PRESTIGIO, Adolphe Menjou.
ROCAMBOLE, Rolla Norman.
14 DE JULIO, Film René Clair.
REDIMIDA, Tallulah Bankhead.
EL MILAGRO DE LA FE, Sylvia Sidney.
LA VENUS RUBIA, Marlene Dietrich.
RASPUTIN, Conrad Veidt.

||||| Precio del tomo UNA PESETA |||||

Editorial ALAS - Apartado 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis